

# Bobby Logan

MIGUEL ÁNGEL OESTE

Zut Ediciones. Málaga, 2012 197 páginas, 16'50 euros



MIGUEL NÚÑEZ

despertar asociaciones con seres concretos unidos a la cultura popular: cantaores rememorados con sincera devoción, como don Antonio Chacón, Camarón, el Tenazas, Pericón de Cádiz o Manolo Caracol; poetas y músicos relacionados de algún modo con la tradición folclórica, como Manuel de Falla, Villalón o García Lorca; artistas como Picasso, Cocteau o Lucien Clergue; también amigos personales del autor –caso del pintor Cee-sepe o del fotógrafo Alberto

**Hay en este heterodoxo libro de viajes, interesante por muchos motivos, una decidida voluntad testimonial y una adhesión a esa literatura que no huye de la realidad ni trata de embellecerla**

García-Alix–, junto a recuerdos de viajeros antiguos, como Rochfort Scott o Richard Ford. Y por debajo de todo ello, como hilo conductor de las reflexiones y sustento mítico de las tierras evocadas, el recuerdo de Hércules y sus memorables proezas. Porque hay en estas páginas un esfuerzo considerable por mantenerse en el terreno de lo que

el autor considera, sin duda, tradición auténtica de las tierras meridionales, pero también un intento de comprensión de sus novedades, como la introducción de algunas formas de rock absorbidas por el cante jondo y asimiladas en parte a sus formas originarias. En cambio, todo lo que significa destrucción, como el envilecimiento de lugares y paisajes a consecuencia del turismo desahogado da lugar a duras observaciones (“una arquitectura vulgar donde no se respeta la tradición y donde se funde el cemento con la basura para abaratar materiales”, p. 90).

Y no se pasan por alto, a veces comparezcan como de refilón, cuestiones como las del contrabando y la evolución sufrida con los años, en que nuevas actividades han desarrollado vocablos nuevos (“buscamanis”, “gayumberos”, etc.), de igual modo que sucede con el léxico nacido de la inmigración ilegal (“pasadores”, “atunes”, “tiburones”, “mojamés”); o se ofrecen inesperadas noticias acerca de las virtudes de algunas plantas, como el carraspique (p. 26), e incluso algunas sabrosas recetas de cocina, como la de la paniza o la tortillita de camarones (p. 140). Hay en este heterodoxo libro de viajes, interesante por muchos

Dice el psicólogo juvenil y ensayista David Bainbridge que la adolescencia es una época de la vida que merece ser contada. Le vendría bien la cita a esta primera novela de Miguel Ángel Oeste (Málaga, 1972), verdadero homenaje a su adolescencia malagueña y pop, pero también retrato generacional de todos aquellos que flirteamos en las sesiones de tarde de alguna discoteca donde sonaba Nacha pop, Tequila o Los Ronaldos.

Decir “Bobby Logan” en Málaga es evocar los recuerdos de toda una generación, que hizo de esta discoteca su punto de encuentro, sobre todo durante los meses de verano. El local, que antes fue pista de patinaje y también cine, despierta tanta nostalgia que sus antiguos clientes se encuentran ahora en Facebook, formando un grupo llamado “Yo también fui a Bobby Logan”. En este escenario sitúa el crítico de cine Miguel Ángel Oeste su primera novela, un retrato de grupo donde los sueños de adolescencia de una docena de personajes se estrellan con la realidad y el paso del tiempo. Sus historias hablan de grandes descubrimientos: el sexo, la amistad, las drogas, el amor, la violencia, la libertad y, sobre todo, ese lado oscuro de la vida que durante los primeros años de la juventud se abre ante nosotros como un abismo tentador. Se oyen en sus páginas ecos de cierta literatura anglosajona, de Irvine Welsh o de Nick Hornby, dos autores que también hacen de lo musical mucho más que un trasunto.

Los personajes, chicos y chicas de un barrio humilde, no encuentran en la vida el modo de aprovechar las olas, del mismo modo que lo hacen cuando practican el surf en las playas de su ciudad, y acaban arrastrados por la fatalidad. Tal vez haya una sola protagonista y sea la pandilla. Tal vez sólo haya un asunto, y sea el efecto del tiempo en nuestros sueños. Sea como sea, merece la pena conocer lo que nos cuenta Oeste para llegar hasta ellos. **CARE SANTOS**

motivos, una decidida voluntad testimonial y una adhesión a esa literatura que no huye de la realidad ni trata de embellecerla, lo que explica el desahogo de Montero Glez al confesar con bronca sinceridad su admiración por escritores como Aldecoa frente a “este nido de envidias y mondongo al que han quedado reducidas nuestras letras” (p.

52). Precisamente para preservar esta autenticidad del autor, su búsqueda constante de un modo puro de decir, es por lo que hay que recomendarle que no caiga en trivialidades ofi-nescas de moda, como “a día de hoy” (pp. 24, 61, 76), que no se compadecen con su modo directo y original de escribir. **RICARDO SENABRE**